

tamos en eso muy atrasados. Harías una inmensa obra de caridad, y Madrid y España te bendecirían.

—¡Un manicomio!—dijo Moreno, sonriendo de un modo que le heló la sangre á su generosa tía.—Sí, no me parece mal. Y lo estrenaríamos tú y yo...

V

Despidióse Guillermina en la puerta de la casa para ir al asilo, y él subió. ¡Cosa más rara! Apenas se causaba al acometer la escalera. Sentíase muy bien aquella mañana: el espíritu confortado, la palpitación muy adormecida, el apetito despierto. Al entrar en su casa pidió más te, y mientras Tom se lo servía, le dijo en español:

—Mañana nos vamos. Haz el equipaje. Avisarás á Estupiñá... Que me haga el favor de venir, para que me traiga de las tiendas algunas cosillas. No puede uno ir de España á Inglaterra sin llevar á los amigos alguna chuchería que tenga color-local.

Luego siguió hablando consigo mismo: «Es un mareo. Si no lleva usted panderetas con figuras de toros, chulós ú otras porquerías así, se lo comen vivo. Veremos si encuentro algunas acuarelas. También necesito mantas, moñas de toros, y trataré de encontrar algún cacharro de

carácter. No hay peor calamidad que ser amigo de coleccionistas.» Estupiñá, que en aquella temporada frecuentaba el trato de Moreno, por haberle éste confiado la administración de su casa de la Cava, se presentó dispuesto á llevarle todo el contenido de las tiendas de Madrid para que escogiese. Panderetas de las más abigarradas, abanicos y algunos cuadritos fueron llegando sucesivamente en todo el transcurso del día, y D. Manuel escogía y pagaba. Aquello le entretuvo agradablemente, y se reía pensando en la felicidad que iba á repartir entre sus amistades londinenses. «Esta suerte de picas con el caballo pisándose las tripas está pintiparada para las de Simpson, que son tan marimachos. Esta pandereta, con la chula tocando la guitarra, para *miss* Newton. Si ella viera los originales, ¡qué desilusión! Esta pareja del andaluz á caballo y la maja en la reja pelando la pava, para la sentimental y romancesca *mistres* Mitchell, que pone los ojos en blanco al hablar de España, el país del amor, del naranjo y de las aventuras increíbles... ¡Ah! Este D. Quijote, reventando á cuchilladas los cueros de vino, para el amigo Davidson, que llama á D. Quijote *don Cuiste*, y se las tira de hispanófilo... Bien, bien. De cacharros estamos tal cual. Estos botijos son horribles. Toda la cerámica moderna española no vale dos cuartos. A ver, Plácido: ¿serías tú capaz de buscarme un vestido de torero completo?... Lo

quiero para un amigo que sueña con ponérselo en un baile de trajes... Estará hecho un mamarracho. Pero á nosotros no nos importa. ¿Podrás buscármelo?»

—Pues ya lo creo—dijo Plácido, para quien no había nunca dificultades tratándose de compras.—¿Usado ó sin usar?

—Hombre, sin usar... En fin, como le encuentres...

Salió Estupiñá como si Mercurio le hubiera prestado sus alados borceguies, y á poco entró el doméstico, á quien su amo tenía también ocupado en la busca de ciertos encargos. Tom se había aficionado mucho á los toros; no perdía corrida, y entre sus amigos contaba á varias eminencias del arte del cuerno. Por esto le dió Moreno el encargo de buscarle alguna moña, de las que guardan los aficionados como venerandas reliquias; y convenía que tuviese manchas de sangre y muchos pisotones, con señales de la trágica brega. Muy desconsolado entró el inglés diciendo que no encontraba moñas, ni aun ofreciendo por ellas un ojo de la cara.

—Mira, chico—le dijo su amo;—no te apures. Puesto que no se encuentran moñas, llevaremos otra cosa. ¿Has visto por ahí, en el Prado y Recoletos, á un tío muy feo que lleva una cesta, y en ella, puestos en cañas, formando como un gran árbol, multitud de molinillos de papel dorado y plateado y de todos colores... ¿sabes?

molinillos que dan vueltas con el viento, y que los niños compran por dos ó tres peniques? Pues tráete una docena; los llevamos y decimos que esas son las moñas que se les ponen á los toros cuando salen á la plaza, brrrr... reventando al mundo entero con aquellos cuernos tan afilados... Y se lo creen... Si conoceré yo á mi gente.

Tom se reía; pero en su interior rechazaba aquella supercheria, por dos móviles de conciencia: el móvil de la rectitud inglesa y el de la formalidad de aficionado á toros. Con el fraude propuesto por su amo se cometían dos graves faltas: engañar á una nación y ultrajar el respetable arte de la Tauromaquia, el verdadero *sport* trágico. No sé qué se decidió de esto. En tanto Rossini llenaba la casa de abanicos y panderetas, y Moreno escogía y pagaba, entreteniéndose luego en envolverlos en papeles y en ponerles rótulos con el nombre del destinatario.

Había resuelto hacer muy pocas visitas de despedida, pretextando el mal estado de su salud. Después de almorzar bajó al escritorio, y se ocupó en liquidar y poner en claro su cuenta personal. No intervenía en ningún negocio, y el trabajo de banca, que en otro tiempo le había gustado tanto, aburriale ya. Pero aquel día pareció que se le despertaban las aficiones, porque habló largamente de negocios con Ruiz Ochoa, recomendándole no dejase de interesarse en alguna subasta de pastas de oro para el Ban-

co. «Me parece que este año he de comprar algún oro... Bien podéis andar aquí con mucho pulso en eso de acuñar tanta plata, porque este metal va para abajo y ha de ir mucho más. Al precio que tienen aquí las libras, vale más expedir oro, y por mi parte me he de llevar todo el que pueda.» En esto entró Ramón Villuendas, preguntando á cómo tomaban las libras, y la conversación vino á recaer sobre el mismo tema. Él estaba mandando oro y más oro...

—Este pico dádselo á Guillermina—dijo Moreno al ver en la cuenta de alquileres de sus casas un sobrante con que no contaba.

Entraron otras personas y se habló de muy diferentes cosas. Mientras duró aquella conversación, pensaba Moreno si iría ó no á despedirse de los de Santa Cruz. Si no iba se ofendería quizás su padrino, y yendo podían sobrevénirle contrariedades mayores, incluso la de arrepentirse del viaje y aplazarlo... No había más remedio que ir. ¿Pero á qué hora? ¿A la de comer? Titubeaba, y de vuelta á su casa, estuvo discutiendo un largo rato sobre aquel problema de la hora. «Adoptado un partido—se dijo,—lo mejor será que no la vea más en carne y hueso, porque lo que es en idea, viéndola estoy á todas horas. ¡Qué chiquillo me he vuelto!... En fin, tengo tiempo de pensarlo de aquí á mañana, porque lo que es hoy, no iré.»

A eso de las cinco fué el misántropo á una tienda de la Plaza Mayor á ver las mantas granadinas con que quería obsequiar á sus amigos ingleses. Allí estuvo un cuarto de hora, y el tendero le propuso mandarle con Plácido lo mejor que tenía para que escogiese. Ya era casi de noche, y valía más que el señor examinase de día el género. Así se convino, y volvióse á su casa. Al entrar en el portal sintió un golpecito en el hombro. Era Jacinta que le pegaba un paraguazo. Quedóse el buen señor como si le hubieran dado un tiro. Quiso hablar y no pudo. Jacinta le cogió del brazo, y rebasados los primeros escalones, empezó el diálogo.

—¿Conque al fin se va usted?

—Al fin me arranco. Ya era tiempo...

—Pero qué, ¿se cansa usted mucho hoy?... Pues vamos despacio, más despacio si usted quiere... ¡Ah!, ya me ha contado Guillermina que hoy estuvo usted muy santito... Así me gusta á mi la gente.

—¿Por qué no fué usted á verme?... ¡Estaba yo más salado!...

—Si no lo sabía. ¿Vuelve usted mañana?

—¿De veras que va usted á ir á verme?... ¡Cómo se reirá de mí!

—¡Reirme! ¡Qué cosas se le ocurren! Iré á tomar ejemplo.

—¿A que no va?

—¿A que sí?

—Pues allí me tendrá, haciéndole la competencia á Estupiñá... Verá usted, verá usted... cada día más.

—¡Cada día! ¿Pero no se va usted mañana?

—Es verdad, no me acordaba... Bueno, pues no me iré.

—Eso no; le conviene á usted marcharse, y allí seguirá haciendo su noviciado.

—Allá no vale.

—¿Cómo que no vale?

—Porque allá me cogen por su cuenta unas amigas protestantes que tengo, y que quiera que no, me hacen renegar... Usted tendrá la culpa; sobre su conciencia va. ¿Conque me quedo ó me voy?

—Pues con esa responsabilidad tan grande no me atrevo á aconsejarle. Haga usted lo que le parezca mejor... Vaya, por fin llegamos. ¿Se ha cansado usted mucho?

—Un poquitito... pero con usted siempre contento. ¿Quiere usted volver á bajar?

—¿Otra vez?

—Sí, para volver á subir... Como si quisiera usted ir al cuarto piso.

—No me lo perdonaría si usted me acompañaba fatigándose tanto.

Entraron, y Jacinta se metió en el cuarto de la santa. Moreno fuese al suyo y se dejó caer en el sofá, echándose el sombrero para atrás. Pensaba descansar un ratito y pasar luego á la ha-

bitación de Guillermina. «No, no paso; no quiero verla más. ¿Para qué atormentarme? Se acabó. Pongámosle encima una losa.» Al poco rato, sintiendo que Jacinta salía, acercóse á la puerta con ánimo de verla. Pero no pudo ver nada. Como aún no habían encendido la luz del recibimiento, sólo columbró un bulto, una sombra, y pudo oír dos ó tres palabras que se dijeron al despedirse Jacinta y la *rata eclesiástica*. Esta fué entonces al cuarto de su sobrino, y hallóle dando vueltas en él. «¿Qué tal te encuentras, catecúmeno?», le dijo con mucho cariño.

—Regular; casi bien... Espero dormir esta noche.

—Recógete temprano.

—Eso pienso hacer... y mañana... Oye una cosa: ¿no te ha dicho Jacinta que mañana pienso volver á San Ginés?

—No; no me lo ha dicho.

—¿No té ha dicho que ella iría á verme tan devoto?

—No... no hemos hablado una palabra de ti.

—¿Ni dijo que había subido conmigo y que?...

—No... nada.

Moreno sintió que la horrible pulsación de su pecho era anegada por una onda glacial. En aquel punto tuvo que sentarse, porque le flaqueaban las piernas y se le desvanecía la cabeza.

—Pues si quieres volver mañana, yo vendré á llamarte. Se entiende, si pasas buena noche.

—Iremos á pasar un rato—dijo Moreno de una manera lúgubre,—y á echarle á mi desesperación una hora de esparcimiento, como se le echa carne á una fiera para que no muerda.

—Si tú le pidieras al Señor... pero bien pedido... que te curara esos *esplines*, te los curaría... Pídeselo, hijo; ¡si sabré yo lo que me digo!

—¿Qué has de saber tú?... ¿Qué has de saber lo que hay del lado allá de la puerta negra?

—¿Ahora sales con eso?... Tú podrás haber perdido parte de la fe; pero toda no se pierde nunca. Esas cosas se dicen sin creer en ellas, por fatuidad. Con todas tus bromas, si te rascan, aparece el creyente...

—No, tonta; yo no creo en nada, en nada, en nada—le dijo Moreno con énfasis, complaciéndose en mortificarla.

—Todo sea por Dios... Entonces, ¿para qué vienes conmigo á la iglesia?

—Toma, por distraerme un rato, por verte á ti, por ver á Estupiñá, figuras raras de la humanidad, excentricidades, tipos, como todo esto que yo llevo á Londres para los aficionados á lo característico y al color local.

Guillermina daba suspiros. No quería incomodarse.

—Para rarezas tú...—dijo al fin echándose á reír.—Á ti sí que te debían enseñar por las fe-

rias... á dos reales, un real los niños y soldados. Cree que ganaba dinero el que te expusiera.

—Con un cartelón que dijese: «se enseña aquí el hombre más desgraciado del mundo».

—Por su culpa, por su culpa; hay que añadir eso. Ser desgraciado y no volver los ojos á Dios, es lo último que me quedaba que ver. Eso es, bruto, encenágate más; hazte más materialista y más gozón, á ver si te sale la felicidad... Eres un soberbio, un tonto... Mira, sobrino, me voy, porque si no me voy, te pego con tu propio bastón.

Y él estaba tan abstraído que ni siquiera la sintió salir.

VI

Comió con regular apetito en compañía de su hermana y de Guillermina. Cuando concluyeron dijo á ésta que había dado orden en el escritorio de que le entregaran el sobrante de su cuenta personal; con cuya noticia se puso la fundadora como unas castañuelas, y no pudiendo contener su alegría, se fué derecha á él, y le dijo: «¡Cuánto tengo que agradecer á mi querido ateo de mi alma! Sigue, sigue dándome esas pruebas de tu ateísmo, y los pobres te bendecirán... ¿Ateo tú? ¡Ni aunque me lo jures lo he de creer!» Moreno se sonreía tristemente. Tal

entusiasmo le entró á la santa, que le dió un beso... «Toma, perdido, masón, luterano y ana-baptista; ahí tienes el pago de tu limosna.»

Sentiase él tan propenso á la emoción, que cuando los labios de la santa tocaron su frente le entró una leve congoja, y á punto estuvo de darlo á conocer. Estrechó suavemente á la santa contra su pecho, diciéndole: «Es que lo uno no quita lo otro; y aunque yo sea incrédulo, quiero tener contenta á mi *rata eclesiástica*, por lo que pudiera tronar. Supongamos que hay lo que yo creo que no hay... podría ser... Entonces mi querida *rata* se pondría á roer en un rincón del cielo para hacer un agujerito, por el cual me colaría yo...»

—Y nos colaríamos todos—indicó la hermana de Moreno, gozosa, pues le hacían mucha gracia aquellas bromas.

—¡Vaya si le haré el agujerito!—dijo Guillermina.—Roe que te roe me estará yo un rato de eternidad, y si Dios me descubre y me echa una peluca, le diré: «Señor, es para que entre mi sobrino, que era muy ateo... de jarabe de pico, se entienda, y me daba para los pobres.» El Señor se quedará pensando un rato, y dirá: «Vaya, pues que entre sin decir nada á nadie.»

A las diez estaba el misántropo en su habitación, disponiéndose para acostarse. «¿Se te ofrece algo?», le dijo su hermana.

—No. Trataré de dormir... Mañana á estas

horas estaré oyendo cantar el *botijo e leche*. ¡Qué aburrimiento!

—Pero hombre, ¿qué más te da? Con no comprárselo si no te gusta... Si esa pobre gente vive de eso, déjales vivir.

—No, si yo no me opongo á que vivan todo lo que quieran—replicó Moreno con energía.—Lo que no quita que me cargue mucho, pero mucho, oír el tal pregón...

—Vaya por Dios... Otras cosas hay peores y se llevan con paciencia.

Después llegó Tom, y la hermana de Moreno se retiró, á punto que entraba Guillermina con la misma cantinela: «¿Quieres algo?... Á ver si te duermes, que no es mal ajetreo el que vas á llevar mañana. Mira: de París telegrafías, para que sepamos si vas bien...»

Daba algunos pasos hacia fuera y volvía: «Lo que es mañana no te llamo. Necesitas descanso. Tiempo, tienes, hijo; tiempo tienes de darte golpes de pecho. Lo primero es la salud.»

—Esta noche sí que voy á dormir bien—anunció D. Manuel, con esa esperanza de enfermo que es gozo empapado en melancolía.—No tengo sueño aún; pero siento dentro de mí un cierto presagio de que voy á dormir.

—Y yo voy á rezar porque descanses. Verás, verás tú. Mientras estés allá, rezaré tanto por ti, que te has de curar, sin saber de dónde te viene el remedio. Lo que menos pensarás tú, tontín,

es que la *rata eclesiástica* te ha tomado por su cuenta y te está salvando sin que lo adviertas. Y cuando te sientas con alguna novedad en tu alma, y te encuentres de la noche á la mañana con todas esas máculas ateas bien curadas, dirás «¡milagro, milagro!»; y no hay tal milagro, sino que tienes el padre alcalde, como se suele decir. En fin, no te quiero marear, que es tarde... Acuéstate prontito, y duérmete de un tirón siete horas.

Le dió varios palmetazos en los hombros, y él la vió salir con desconsuelo. Habría deseado que le acompañase algún tiempo más, pues sus palabras le producían mucho bien.

—Oye una cosa... Si quieres llamarme temprano, hazlo... Yo te prometo que mañana estaré más formal que hoy.

—Si estás despierto, entraré. Si no, no—dijo Guillermina volviendo.—Más te conviene dormir que rezar. ¿Necesitas algo? ¿Quieres agua con azúcar?

—Ya está aquí. Retírate, que tú también has de dormir. Pobrecilla, no sé cómo resistes... ¡Vaya un trabajo que te tomas!...

Iba á decir «¿y todo para qué?», pero se contuvo. Nunca le había sido tan grata la persona de su tía como aquella noche, y se sintió atraído hacia ella por fuerza irresistible. Por fin se fué la santa, y á poco Moreno ordenó á su criado que se retirara. «Me acostaré dentro de un

ratito—dijo el caballero;—pues aunque creo que he de dormir, todavía no tengo ni pizca de sueño. Me sentaré aquí y revisaré la lista de regalos, á ver si se me queda alguno... ¡Ah!, conviene no olvidar las mantas. La hermana de Morris se enfadará si no le llevo algo de mucho carácter...» La idea de las mantas llevó á su mente, por encadenamiento, el recuerdo de algo que había visto aquella tarde. Al ir á la tienda de la Plaza Mayor en busca de aquel original artículo, tropezó con una ciega que pedía limosna. Era una muchacha, acompañada por un viejo guitarrista, y cantaba jotas con tal gracia y maestría, que Moreno no pudo menos de detenerse un rato ante ella. Era horriblemente fea, andrajosa, fétida, y al cantar parecía que se le salían del casco los ojos cuajados y reventones, como los de un pez muerto. Tenía la cara llena de cicatrices de viruelas. Sólo dos cosas bonitas había en ella: los dientes, que eran blanquísimos, y la voz pujante, argentina, con vibraciones de sentimiento y un dejo triste que llenaba el alma de punzadora nostalgia. «Esto sí que tiene carácter», pensaba Moreno oyéndola; y durante un rato tuviéronle encantado las cadencias graciosas, aquel amoroso gorjeo que no saben imitar las celebridades del teatro. La letra era tan poética como la música.

Moreno había echado mano al bolsillo para sacar una peseta. Pero le pareció mucho, y sacó

dos peniques (digo, dos piezas del perro), y se fué.

Pues aquella noche se le representaron tan al vivo la muchacha ciega, su fealdad y su canto bonito, que creía estarla viendo y oyendo. La popular música revivió en su cerebro de tal modo, que la ilusión mejoraba la realidad. Y la jota esparcía por todo su ser tristeza infinita, pero que al propio tiempo era tristeza consoladora, bálsamo que se extendía suavemente untado por una mano celestial. «Debí darle la peseta» pensó, y esta idea le produjo un remordimiento indecible. Era tan grande su susceptibilidad nerviosa, que todas las impresiones que recibía eran intensísimas; y el gusto ó pena que de ellas emanaban, le revolvían lo más hondo de sus entrañas. Sintió como deseos de llorar... Aquella música vibraba en su alma, como si ésta se compusiera totalmente de cuerdas armoniosas. Después alzó la cabeza, y se dijo: «¿Pero estoy dormido ó despierto? De veras que debí darle la peseta... ¡Pobrecilla! Si mañana tuviera tiempo, la buscaría para dársela.»

El reloj de la Puerta del Sol dió la hora. Después Moreno advirtió el profundísimo silencio que le envolvía, y la idea de la soledad sucedió en su mente á las impresiones musicales. Figúrase que no existía nadie á su lado, que la casa estaba desierta, el barrio desierto, Madrid desierto. Miró un rato la luz, y bebiéndola con los

ojos, otras ideas le asaltaron. Eran las ideas principales, como si dijéramos las ideas inquilinas, palomas que regresaban al palomar después de pasearse un poco por los aires. «Ella se lo pierde...—se dijo con cierta convicción enfática.— Y en el desdén se lleva la penitencia, porque no tendrá nunca el consuelo que desea... Yo me consolaré con mi soledad, que es el mejor de los amigos. ¿Y quién me asegura que el año que viene, cuando vuelva, no la encontraré en otra disposición? Vamos á ver... ¿por qué no había de ser así? Se habrá convencido de que amar á un marido como el que tiene es contrario á la naturaleza; y su Dios, aquel buen Señor que está acostado en la urna de cristal, con su sábana de Holanda finísima, aquel mismo Dios, amigo de Estupiñá, le ha de aconsejar que me quiera. ¡Oh!, sí; el año que viene vuelvo... En Abril ya estoy andando para acá. Ya verá mi tía si me hago yo místico, y tan místico, que dejaré tamañitos á los de aquí... ¡Oh!... mi niña adorada bien vale una misa. Y entonces gastaré un millón, dos millones, seis millones, en construir un asilo benéfico. ¿Para qué dijo Guillermina? ¡Ah!, para locos; sí, es lo que hace más falta... y me llamarán la *Providencia de los desgraciados*, y pasmaré al mundo con mi devoción... Tendremos uno, dos, muchos hijos, y seré el más feliz de los hombres... Le compraré al Cristo aquel tan lleno de cardenales una urna de plata... y...»

Se levantó, y después de dar dos ó tres paseos volvió á sentarse junto á la mesa donde estaba la luz, porque había sentido una opresión molestísima. Las pulsaciones, que un instante cesaron, volvieron con fuerza abrumadora, acompañadas de un sentimiento de plenitud torácica. «¡Qué mal estoy ahora!... Pero esto pasará, y me dormiré. Esta noche voy á dormir muy bien... Ya va pasando la opresión. Pues sí, en Abril vuelvo, y para entonces tengo la seguridad de que...»

Tuvo que ponerse rígido, porque desde el centro del cuerpo le subía por el pecho un bulto inmenso, una ola, algo que le cortaba la respiración. Alargó el brazo como quien acompaña del gesto un vocablo; pero el vocablo, expresión de angustia tal vez ó demanda de socorro, no pudo salir de sus labios. La onda crecía; la sintió pasar por la garganta y subir, subir siempre. Dejó de ver la luz. Puso ambas manos sobre el borde de la mesa, é inclinando la cabeza apoyó la frente en ellas, exhalando un sordo gemido. Dejóse estar así, inmóvil, mudo. Y en aquella actitud de recogimiento y tristeza, expiró aquel infeliz hombre.

La vida cesó en él á consecuencia del estallido y desbordamiento vascular, produciéndole conmoción instantánea, tan pronto iniciada como extinguida. Se desprendió de la humanidad; cayó del gran árbol la hoja completamen-

te seca, sólo sostenida por fibra imperceptible. El árbol no sintió nada en sus inmensas ramas. Por aquí y por allí caían en el mismo instante hojas y más hojas inútiles; pero la mañana próxima había de alumbrar innumerables pimpollos, frescos y nuevos.

Ya de día, Guillermina se acercó á la puerta y aplicó su oído. No sentía ningún rumor. No había luz. «Duerme como un bendito... Buen disparate haría si le despertara.» Y se alejó de puntillas.